

Los sonidos de lo irrepitable

Figura mayor de la crítica literaria en España, Juan Antonio Masoliver Ródenas (1959) ha sido docente y traductor, así como autor de novelas, libros de relatos y varios volúmenes de poesía. Escritor magnífico, su más reciente colección de relatos, *La noche de la conspiración de la pólvora*, acaba de ser puesta en circulación. Agustín Fernández Mallo (1967) es físico. A lo largo de los años ha estado vinculado a distintos e innovadores proyectos artísticos. Su novela *Nocilla dream*, recién editada, es sin lugar a dudas una novedosa propuesta narrativa

Nelson Rivera
nriviera@vipei.com

Juan Antonio Masoliver Ródenas

Muchos son los estímulos que me incitan a escribir la palabra "confines" para comentar los relatos de Juan Antonio Masoliver Ródenas (1959), escritor tónico, sorprendente e irrepitable. Los confines de Masoliver: hablo de la amplia zona de la infancia a la que la memoria regresa titubeante; de las imágenes-rayo que son irreducibles pero que viven (sobreviven) oprimidas en el silencio; de los recuerdos que reaparecen irremediables desde muy lejos a menudo son heridas, lesiones que el tiempo no caldea, otras veces son sagas y sonrientes instantáneas de lo vivido. Los confines son lo incierto, lo terrible, lo que está a punto de figurarse hacia el olvido, también lo extraordinario, lo memorable que tienen los primeros años.

Y digo confines no sólo por el largo trecho que debe zanjarse el narrador que se aviene a construir un posible significado a la infancia (la lucha por reconstruir la inocencia perdida vive en la agonía; no tiene un episodio final), sino por los límites que Masoliver atraviesa en los veinte relatos que se reúnen (se invocan unos a otros, se miran con disimulo o descaro, comparten susurros y gestos furtivos) en *La noche de la conspiración de la pólvora*.

¿Hacia dónde se desplaza el coraje, dónde irrumpe la acuciante imaginación narrativa de Masoliver? En el cuerpo o, más preciso aún, fronteras adentro de esa materia anhelada e intensa, hecha de experiencias dolorosas y secretas, la turbación y la llama que es el tránsito, la expansión, la pulsión del cuerpo- niño. Esto sugiere: la corporeidad es la trama esencial, la nuez, el asunto decisivo de cada una de las historias. Todo pasa aquí desde el cuerpo, causa y consecuencia, por él.

Quiero insistir en este dato crucial en el puño de Masoliver: la suya es escritura de la corporeidad. No se trata sobre la corporeidad del cuerpo. No lo retrata (no escoge una escenografía o un paisaje de fondo para cada personaje, no lo instruye para que se ubique de una u otra manera, no le pide a cada uno que mire a la cámara: su prosa no hace clic) ni lo teatraliza: lo encarna y descarna, lo usa y abusa, lo nombra y vuelve incesante a su organicidad, a sus pálpitos, a sus inspiraciones y excreciones, a sus formas y resquebrajos.

El cuerpo al que Masoliver no se refiere es el de la dualidad platónica (el alma noble escindida de la materia a punto de su degradación). Es el cuerpo-carnalidad, el cuerpo de los gozos y los padecimientos, el cuerpo cruzado por lo genital (expresión radical de lo vivo y también de lo muerto, de lo que cesa): el alma corpórea y todavía el púber que habla por la piel, por las hendiduras, por sus insosdables.

Que uno de los relatos, por ejemplo, tenga por título "La expulsión del Paraíso", y que en el mismo confluyan el dispositivo de Adán y Eva, dos monjas y una niña ("Y entonces las dos perseguimos a la madre Asunción hasta que caemos en la cama. La madre Asunción ahora está llorando. No es verdad que ella sea el ángel malo. Y nos muestra el vello del pubis, que es completamente rubio. Y también sedoso, porque lo acaricio y no me parece pelo, me parece que el de la madre Gloria es muy negro y rizado. Entonces me río y les digo que el único ángel soy yo. Y me levanto la falda y ven que no tengo ningún pelo y cuando me desnudan del todo ven también que no tengo pechos. Y entonces me dicen que en efecto yo soy la única pura, la única que ha alcanzado el estado angélico, y que por eso son tan felices de poder estar conmigo y acariciarme, y que me van a acariciar hasta quedarse dormidas. Hasta quedarnos dormidas las tres"), no podría entenderse como una provocación o un acto sacrilego. Eso sería banalizar algo que no es episódico sino el sello, la médula espinal de su programa artístico.

Y es que el cuerpo-plenitud, el cuerpo-alma que habita en los relatos de *La noche de la conspiración de la pólvora*, es el mismo del Anticristo: instrumento que enferma y sana, que cae y se levanta, que es desalio y éxtasis, metamorfosis y deseo, gloria y asco, desasosiego y conversión, cuerpo que rescita y muere. Es desde la corporeidad donde los personajes-memoria de Masoliver viven la experiencia familiar, van al colegio, oyen hablar de la Guerra Civil, pasan las lardes, ejercen el amor y el odio de los deseos.

Masoliver mira atrás y escribe: "ya he superado el miedo, la inquietud, la incertidumbre y la indignación. Ahora sólo me queda el tedio. Y, como siempre, para vencer el tedio, el único recurso es ponerme a escribir". Y se hace preguntas: cómo rehacer la memoria con piezas inciertas y datos inacabados y muertos que jalan los recuerdos. Cómo lanzar un salvavidas a esa magia que tiene lo que alguien no alcanzó a ver con sus ojos pero vivió en su inminencia con todos los sentidos. Cómo hacerle un espacio a la conmoción del culo y la raja, de la saliva y los excrementos, al orden viscoso de los resentimientos.

El vector esencial del arte narrativo de Masoliver no se limita al modo en que funda una economía expresiva del cuerpo- niño: lo asombroso es la manera como todo ello se constituye en cotidianidad: nada es definitivamente trasgresor. Siempre se mantiene en las fronteras. No se desprende por el ruidoso abismo de lo grotesco. Explora esa región inmisericorde de la experiencia narrativa donde la memoria y la ficción fundan una corporeidad de la infancia.

He advertido al comienzo de esta nota sobre el estatuto de complicidad que une a unos relatos con otros. Un entramado geográfico, de personas que aparecen y reaparecen, de hechos que pesan en los hombros de los personajes y que se encaraman hasta la nuca del lector, de estados de desolación, de cuerpos- niño que se bajan los pantalones o se suben la falda; hay un clima y una lengua que cruzan y dejan una huella en el sedimento de sus páginas. En otras palabras: hay una interioridad, una constancia semántica, unos iconos-Masoliver que proponen una identidad, una rúbrica que no empieza ni termina en *La noche de la conspiración de la pólvora*.

Y a pesar de que no he leído sus tres novelas publicadas, *Retiro lo escrito* (1998), *Beatriz Miami* (1991) y *La puerta del ángel* (2001), no dudo en sugerir lo siguiente: entre esta colección de relatos y buena parte de la poesía de Masoliver (es imprescindible el volumen *Poesía reunida*, publicada por El Acentilado en 1999) hay mareas que se cruzan, resonancias que van y vienen de un género al otro, sonidos irrepitibles, pequeños infiernos y maravillas, manos que frotan con jabón las hendiduras, respiración contenida, juego con el nombre de otros escritores, escampados, recuerdos salvados de su propio fuego. Aquí y allá, en su poesía y en sus relatos, Eros irreversible. Aquí y allá, cuerpos que van del fugaz esplendor a la alicación. Aquí y allá, la urticante pregunta por la memoria. Aquí y allá, su poética de la corporeidad, una lengua que no teme llamar semen al semen, orín al orín, cuerpos desnudos a "los recuerdos que no se pueden quemar".

Agustín Fernández Mallo

Uno, *Nocilla dream* es un artefacto de la hiperconciencia. Más que un narrador, diría que Agustín Fernández Mallo, su inventor, es una permeable sensibilidad inscrita en las ondas, las fugas, las oscilaciones de nuestro tiempo. Aunque he quedado atrapado entre las múltiples historias y las pequeñas piezas que conforman su *ensamble* narrativo, puesto que se trata de ficción (de hecho, él la llama "docuficción"), y de bajo el rigor del bibliotecario ella seguramente será clasificada como "novísima narrativa española del siglo XXI", en la habitación donde trabajo es probable que *Nocilla dream* ocupe un lugar preponderante en la pila donde aseo los libros necesarios para pensar nuestro tiempo: aquellos que viajan de George Simmel a Charles Taylor, de Michel Maïfessoli a Moisés Naím. Libros que hablan de transescentes, de lo que deambula, de lo que ocurre fuera de los registros.

Dos. Tal es la lucidez que despliega, que de algún modo *Nocilla dream* es también su instructivo, su taller de interpretación. No es necesario buscar las herramientas de análisis fuera de sus páginas: dispuestas en los lugares menos previstos, con sutileza y naturalmente se trata de introducir los instrumentos, palabras o textos que hablan de bordes, zonas híbridadas, espacio tangencial, principio de superposición, producto de mezcla, arte futuro, nodos y otros dominios que le arman un marco comprensivo a su innovadora narración. Pero no sólo eso. Su penetrante visión de la vida de hoy le permite pasar más allá y aproximarse a lo que todavía crece en



Las jóvenes, Tamara Lempicka REPRODUCCIÓN ARCHIVO



Nocilla dream
Agustín Fernández Mallo
Editorial Canyaya
España, 2006



La noche de la conspiración de la pólvora
Juan Antonio Masoliver Ródenas
El Acentilado
España, 2006

el reojo de la realidad: seres de solitaria soledad, emigrantes, gente apenas visible que cumple con mínimas y despoja de rutinas, vidas casi anónimas que se fugan de sí y se desplazan (almas centrífugas), o que regresan hacia sí mismos y se encierran (almas centripetas), como si la modernidad no fuese sino agonía, estatuto irremediable, armatoste que provoca o compasión o programa de primeros auxilios o sonrisa sardónica o guiño de ojo o desafuero crítico o extraordinarias ejecuciones como *Nocilla dream*. Y aunque es posible que a su planificador, en esencia un poeta, no le gustará que le atribuyan la responsabilidad de diagnosticar al mundo contemporáneo, si alguna posibilidad me lo permitiese, gustoso le enviaría su libro a Zygmund Bauman (cuya metáfora de lo líquido parece hacer agustas), a Richard Sennett y a otras mentes privilegiadas, ahora mismo en lucha por entender qué nos está pasando en el planeta.

Tres. Docuficción, novela *ensamble* o novela red, ella ha sido planificada (Fernández Mallo, además de inventor y ejecutor de *Nocilla dream*, es su brillante gerente de planificación estratégica) como sucesión de fragmentos de vida, pedruzcos de noticias, citas de fuentes científicas y otras piezas de lo conciso y lacónico. A sus nodos (no es posible aquí hablar de columna vertebral), están conectados links, insertos, archivos adjuntos, acciones de personajes únicos, virus, cabos sueltos y las huellas de pequeñas tribus. Pero, he aquí la emer-

gencia de una peculiar belleza: todo este material de apariencia dispersa está conectado en el mundo global. Porque estas discontinuidades o hilos cuyo relato culmina de forma abrupta, no son excepcionales: están vinculados, interrelacionados, son traza de humanidad semejante a otra humanidad semejante a otra humanidad semejante (y así, sucesivamente) que transcurre aquí y allá, a despecho de si ellas parecen aleatorias, ajenas, perdidas de un posible centro, de una ilusoria institución. Lo esencial de *Nocilla dream* es que cada pieza es su epicentro. Cada instante su decisivo. Cada escena su sello. Experiencia de lo fractal *Nocilla dream* es transobra. Su personaje principal, la propia novela, su inquietante personalidad.

Cuatro. Promedios, tasas, simetrías numéricas o de la conducta, hábitos que se cuantifican o se describen, principios de exactitud, lo binario convertido en un versátil tejido que se cuele por todas partes. Datos, precisiones: Fernández Mallo finge también como Analista de sistemas de *Nocilla dream* y la impregna toda de su pasión por lo numérico. No es el aplauso. Al contrario, su metafísica de la ciencia dota al relato de una poesía distinta, la concurrencia de las probabilidades, los hábitos, lo que circula incesante, lo excepcional y lo que se constituye en paradoja. Todo ello está en íntima relación con el peculiar *modus operandi* de sus personajes: a menudo sus gestos, sus abandonos, sus decisiones ocurren en un plano fundamental: no actúan para otros,

sino para sí mismos. Sus gestos están desprovistos de espectadores: nadie les ve. Están solos. Y es en ese silencio cuando rompen, cuando deciden desplazarse, cambiar de vida, largarse. Una cifra peculiar de su narrativa es el papel que "el otro" tiene en *Nocilla dream*: o no existe, o se largó antes, o apenas encarna una figura autoritaria. Fernández Mallo (en su rol de Asesor mayor de ciencias de la conducta, benévolo analista), les ha otorgado un campo de acción, un cierto albedrío. Son gente que ha roto. Capaces de interrumpir su propia e íntima secuencia. Dispuestos a tirar sus propios zapatos en una carretera de Nevada, al ramaje de un álamo. Que bien podrían comenzar de nuevo la vida (la negación, el brochazo de tipex sobre el prometeico delirio de la modernidad).

Cinco. No será posible en el espacio que me queda hacer ni siquiera un vuelo rasante por las prácticas de los otros Fernández Mallo presentes en *Nocilla dream* (el Operador de las calderas que suelta con tino y pausa sus finas tajadas de humor negro; el Degustador de Plausibles que nos propone un divertimento: qué hubiese ocurrido si la muerte del Ché Guevara no hubiese sido sino un montaje y el hombre andriose todavía por ahí, en centrifugo desplazamiento; el comedido Director de arte, quien ha creado una red narrativa limpia, nítida y de múltiple significación; el Director de Edición, quien ha escogido con impecable motricidad los sueltos que ha encajado en el conjunto). Quiero sí, porque se aproxima el punto final de mi comentario, referirme al Poeta, al Cosmonauta que ha unido este hilo o, mejor, este libro que, según me atrevo a arriesgar, se convertirá en un hilo de la narrativa en castellano del impaciente siglo XXI.

Seis y final. *Nocilla dream* contiene en su a la vez compacto y abierto *ensamble*, que ha unido este hilo o, mejor, este libro que, según me atrevo a arriesgar, se convertirá en un hilo de la narrativa en castellano del impaciente siglo XXI. Su exploración del sentido, del modo en que regresan inabundables o alteradas las cosas en la maquinaria postmoderna. La soledad de sus figuras no es tanto con respecto a sus semejantes: lo es ante la vastedad de lo celeste, lo terreno, lo digital, lo virtual, lo paralelo, lo multidimensional. *Nocilla dream* es una pregunta por la rotación y la reinversión. Por la posibilidad de comenzar una vez más. Ni más ni menos.